



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Antecedentes del europeísmo: el Pirineo y la frontera en la Edad Media

ANTONIO LINAGE CONDE

Separata del
III Congreso Internacional de Historia Militar

Zaragoza, 24-26 de Mayo de 1994

Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.)

Zaragoza, 1997

ANTECEDENTES DEL EUROPEÍSMO: EL PIRINEO Y LA FRONTERA EN LA EDAD MEDIA

Antonio LINAGE CONDE

Antonio Ubieto Arteta. In Memoriam.

De aquella apertura de horizontes que fue para mí, ya tardíamente —mas, aunque a veces sea un poco tarde, tarde no es nunca—, mi aprendizaje en las aulas de la Facultad de Historia de Valencia, recuerdo una frase de don Antonio Ubieto Arteta que confieso haber tardado mucho en entender: “Los Pirineos no son lo que nos separa de Francia y de Europa, sino lo que nos une”. Para mí era un enigma esta afirmación. ¿O acaso habríamos estado menos unidos al país y continente vecinos de haber sido nuestros sendos territorios en torno a la línea de la frontera una llanura sin solución de continuidad? Y no tengo reparo en reconocer que la *boutade* me sigue de cuando en vez rondando, también ahora, cuando la misma noción de la frontera es tan distinta de la de esos días de mi juventud. Mas, vaya por descontado, que la primera objeción que a mi interrogante me surgió espontáneamente, no recuerdo qué buen día, fue la de la consideración de los Pirineos como una tierra dotada de propia entidad, no sólo cual si se tratara de una línea abstracta y teórica trazada en el mapa y sin otra presencia sobre el terreno que su señalamiento a *posteriori*, pese a su tremenda realidad orográfica. Los Pirineos separaban a España de Europa, de acuerdo, pero además eran una tierra en sí, un pedazo de planeta, una geografía y también humana, por consiguiente a la fuerza con su propia correlativa historia.

Y una tierra de montaña. Lo que, de por sí, no implica sino una caracterización *in genere*. Que ya Lucien Febvre, en *La terre et l'évolution humaine*,

¹ Comparemos la afirmación de un geógrafo sobre los cursos de agua: “El curso de agua es un obstáculo para el que trata de franquearlo y una vía de circulación para el que la toma”. DERRUC, M., *Précis de Géographie Humaine* (Paris, 1961), p. 415.

escribía en 1922² que “a decir verdad, no hay una índole unitaria de montaña que aparezca constantemente en cualquier parte del globo donde se encuentren relieves montañosos”.

Mas, antes de proseguir, recapacitemos también en que los Pirineos, a lo largo de la historia, no han sido una frontera permanente. Sólo avanzada ya la Edad Moderna quedaron definitivamente fijados como tal. Lo que por añadidura nos dice de las limitaciones con que hay que acoger su visión como muralla natural entre las tierras del uno y el otro lado.

LOS PIRINEOS EN SÍ

Una de las manifestaciones de la “autonomía” de su montaña, como unidad a uno y otro lado de la frontera que a veces puede constituir y en nuestro caso de hecho ha constituido y constituye, es la institución llamada alera foral o solera, que por una costumbre inmemorial determina un aprovechamiento común de la montaña misma en las dos vertientes, siendo la unidad de disfrute el valle y su correspondiente facería.

La ejemplaridad más llamativa la constituye el del Roncal, pero en las facerías del valle de Tena, nos sorprende el detalle de que, interrumpido su funcionamiento por la guerra civil española, la mundial y las restricciones en las relaciones hispano-francesas en los años posteriores a ésta, al reanudarse en 1948, las autoridades francesas de Saint-Savin entregaron al Quiñón de Panticosa la cantidad que durante el periodo de interrupción habían percibido por las subastas anuales³.

Capacidad pues de unir las dos vertientes pero con posibilidades de irradiación mucho más lejana.

EL *VINCULUM UNITATIS* DE LA OROGRAFÍA

El profesor Lacarra ha notado⁴ cómo en el mundo pirenaico la dominación visigoda, por doquier ligada a un previo proceso de ruralización, coincidió con “el borrarse de todo recuerdo de vida urbana y del contacto civilizador que habían mantenido en otro tiempo los viajeros de la calzada de Summo Portu con los propietarios rurales o con las gentes que acudían a las aguas termales”.

² (2.ª ed., París, 1949), p. 240; véase otro caso concreto en DEMANGEON, A., *Problèmes de Géographie Humaine* (4.ª ed., París, 1952), pp. 239-60.

³ CASAS TORRES, J. M., “Los hombres y su trabajo”, en la obra colectiva *Aragón* (Zaragoza, 1960) 1, pp. 26-38.

⁴ *Aragón en el pasado*, *op. cit.* en la nota anterior. 1, p. 130.

Sin embargo, él mismo puntualiza seguidamente que, al haber coincidido la ruralización con la cristianización, ésta llevó consigo la compensación de un impulso civilizador nuevo, encarnado concretamente en el monacato. Notemos que el cristianismo es una religión de libro, ligada en consecuencia ineludiblemente a la cultura, y que durante la Alta Edad Media el monacato llegó a un cierto protagonismo en tal ámbito.

Concretamente, en el primer tercio del siglo VI, vino al Pirineo aragonés el monje italiano san Victorián, para fundar el monasterio de San Martín de Asán, cerca de Arrasate, "en lo más profundo de la región de Sobrarbe", antes de que actuaran en Galicia san Martín de Dumio y en La Rioja san Millán, ése allá llegado desde la nativa Panonia. Aquel cenobitismo montañoso era coetáneo del más bien costero que nos consta en la Tarraconense y en Valencia. Y del que estaba llevando a cabo san Benito en Subiaco y Montecasino.

Posteriormente, iniciados ya los siglos de la Reconquista, una de las manifestaciones de la diferenciación española fue el retraso en la benedictinización de los monasterios. A este propósito, ha habido algunas críticas a la reciente declaración de san Benito como patrón de Europa, al estimarse que el modelo monástico, que él vino a encarnar, el monacato en sí, es más bien oriental. Pero de lo que no nos puede caber duda es de la índole en parte benedictina de la acuñación histórica del continente. Y así las cosas, la penetración de la regla benedictina, tuvo una cronología normal en la Marca Hispánica. Y la tardía del resto peninsular en una buena parte fue de procedencia pirenaica.

Tal benedictinización tenía lugar de una manera libraria, mediante la difusión de un libro, la *Regula Benedicti* sin más, libro que, a medida que el proceso fuera consumándose sería el único vínculo de unión de los monasterios ya benedictinos entre sí, no aglutinados en cambio por una organización centralizada o de cualquier otra índole.

Y el estudio de los orígenes paleográficos y codicológicos de los manuscritos de la Regla que nos testimonian esa conquista hispana, apunta a los Pirineos sobre todo, mediata o inmediatamente³, por ejemplo en torno a Andorra en algún caso.

Y el año 978, un abad pirenaico, el de Cuxá, Garín, de paso para Roma, conoció en Venecia al duque Pedro Urseolo, quien a la vuelta, con algu-

³ Lo hemos estudiado en nuestro libro *Los orígenes del monacato benedictino en la Península Ibérica* (3 tomos, León, 1973): sobre el europeoísmo aludido, remitimos a nuestra reciente obra *San Benito y los benedictinos* (7 tomos, Braga, 1994). En el acuñarse de la Reconquista, el valle del Hecho explica la poderosa influencia cultural del monasterio de Siresa.

nos compañeros más, le siguió a su dicho cenobio. El duque murió allí de monje, pero de los otros, Pedro Morosino volvió a Venecia para fundar allí el monasterio de San Giorgio Maggiore, y San Romualdo dio lugar a una forma nueva y singular de vida monástica en la Iglesia, por ser una mezcla de anacoresis y cenobitismo, parecida a la cartujana por venir⁶, la Camál-dula.

¿Qué más pruebas, pues, podemos pedir a la historia, de la fecundidad de esta montaña como vínculo de unión y circulación entre gentes de unas y otras tierras, aunque paradójicamente las separe físicamente? *Benedictus montes amabat* es una frase bien secularmente acuñada. Y buen *vinculum unitatis*, pese a la independencia de sus casas, el benedictinismo.

Ahora bien, en la primera mitad del siglo anterior al camaldulense, san Eulogio de Córdoba, de paso por los Pirineos, había visitado varios de sus monasterios, encontrándose con tesoros librarios de cultura clásica, algunos de los cuales pudo llevarse a su Andalus mozárabe, pero en cambio con un estadio menos avanzado en el proceso benedictinizante que el sureño. ¿Qué había ocurrido? Que los Pirineos habían sido, aunque más bien potencialmente, ni más ni menos que frontera, hasta cierto punto lo estaban siendo. El otro aspecto que ya nos reclama. Y que desde luego no era nuevo.

LA CATEGORÍA POLÍTICA DE LA OROGRAFÍA

La índole de los Pirineos como frontera natural –constantemente apta para serlo, es preciso reconocer, aunque no lo fuera de continuo– y, por añadidura, adecuada para la defensa, se manifestó muy tempranamente, en la primera resistencia hispana independentista conocida, con ocasión del enfrentamiento en la tierra peninsular de Roma y Cartago, pero sucesivamente dirigida contra aquélla y éste. Se trata de la de los régulos ilergetes Indibil⁷ y Mandonio⁸, a quien hubo de vencer y matar Escipión, al haberse ambos dado cuenta de que su alianza con él frente a los cartagineses no había supuesto ninguna ventaja para el mantenimiento de su condición de pueblo libre.

Y en la encrucijada entre el Islam y la cristiandad que fue la península Ibérica en la Edad Media, a pesar de haber llegado los musulmanes hasta

⁶ D'ABADAL, R., *Els primers comtes catalans* (Barcelona, 1961), pp. 304-6; insistencia en la apertura europea y romana de la Cataluña de entonces, en la que el episodio se inserta.

⁷ A propósito de los precedentes, puede verse el libro de TARRADELL, M., *Les arrels de Catalunya* (Barcelona, 1962).

⁸ Indíbiles le llama Tito Livio: Andobales, Polibio.

Poitiers, es innegable que los Pirineos llegaron a constituir, consecuencia a la postre de la derrota de los mismos en esa avanzada ciudad francesa, una frontera entre las dos civilizaciones. Recordemos la denominación de Marca Hispánica¹⁹.

Frontera en este caso potencialmente militar, teniendo en cuenta la realidad de la Reconquista no puede haber duda. Y en torno a la cual tuvo lugar la actuación carolingia en la futura Cataluña determinante de la acuñación de ese gran topónimo. Sin que hayamos aquí de glosar el episodio de la expedición imperial a Zaragoza el año 778 y el "paso" por Roncesvalles con la secuela literaria del impacto histórico que se ha perpetuado en la *Chanson de Roland*.

Después, cuando ya se mira, como hemos visto, a Roma, e incluso a Córdoba cual una formación política extraña pero sólo mediatamente vecina, la índole fronteriza pierde trascendencia, no es entre dos civilizaciones²⁰. Aunque bien sabemos estaría llamada a una larga historia. Que no ha terminado. La historia de la frontera con Francia, muy presente, es obvio, en la de las relaciones hispanofrancesas, en las de España y de Francia sin más. Pero, también desde esta óptica, considerados como frontera específicamente, nos encontramos con que los Pirineos tienen su autonomía. Es decir, que no sólo había una frontera entre dos países, sino que la tal frontera, considerada ya exclusivamente en su condición de tal, tenía también, tuvo, su propia historia. Habiendo contado en las relaciones de que acabamos de decir, en sí, y no solamente a guisa de tal línea geométrica demarcadora.

ENTRE LO FÍSICO Y LO HUMANO: EL DOMINIO DE LA FRONTERA

En este sentido, es muy interesante el caso del valle de Arán, en cuanto revela la voluntad de una población de inclinarse por aquélla, de las soberanías de las dos vertientes, en principio de menos vinculación al mismo según la geografía física. Efectivamente, el río Garona nace en el valle y sigue discurriendo por Francia, por lo cual abre a aquél una salida natural en el país vecino a través del propio Pirineo. Y, sin embargo, el Valle no

¹⁹ La falta de unidad política de ésta entonces destaca todavía más la índole determinante de la frontera en su formación; "los estudios de Abadal han probado que esta alocución correspondía a un concepto geográfico, sirviendo a los cronistas para designar una parte de los dominios carolingios, pero sin responder a ninguna división administrativa-militar del imperio, comprendiendo los territorios conquistados a los musulmanes, divididos en condados independientes unos de otros", resumen J. L. MARTÍN RODRÍGUEZ, *La península en la Edad Media* (Barcelona, 1976), p. 189.

²⁰ D'ABADAL, R., en la obra colectiva *Moments crucials de l'història de Catalunya* (Barcelona, 1962), pp. 25-66.

quiso nunca dejar de pertenecer a la Corona de Aragón, estando en esa voluntad tenaz y en el correlativo empeñamiento de los soberanos de ella, los factores determinantes de su recuperación por Jaime II en 1313, tras de la ocupación francesa de 1283.

Por cierto, de una trascendencia¹¹ a la larga decisiva para el predominio pirenaico de Aragón mismo, y a su vez para la hegemonía española en Europa en el siglo XVI, ya que, iniciado de esa manera por Jaime II ese nuevo ciclo de la política pirenaica catalano-aragonesa, mediante la conservación, gracias al dominio del Valle en cuestión, de la zona central de la cordillera. Pedro IV eliminó el enclave mallorquín en la oriental y Fernando el Católico acabó asegurándose la occidental, tres fases sucesivas ni más ni menos que de la lucha por la Montaña.

Y llegados aquí, creemos que en el *excursus* antecedente hay bastantes facetas como para no ser precisa su continuación hasta la actualidad en esta ocasión. Sobradas para darse cuenta de la ambivalencia de esta orografía en la historia.

El poeta José Zorrilla, escribió en el álbum de la hija del famoso felibre provenzal Luis Romieux:

tras la montaña
que para ambos no es frontera¹².

Unos deseos de unidad que, lo hemos visto, han sido los que en determinadas épocas del devenir humano a sus dos lados, hicieron de esta cordillera *vínculum* de la misma.

En otros casos, lo que tuvo de separación también coadyuvó al acuñarse de la civilización de ambas vertientes.

Y bueno será no perder de vista, en este trance de la consumación europeísta, que una de las características más fecundas de la Europa de todos ha sido la pluralidad en la unidad. Por lo cual, los Pirineos puede decirse con los textos en la mano han contribuido a su hacerse en los dos sentidos fecundos, cuya conjunción lleva en sí ineludiblemente una promesa de más fecundidad aún.

¹¹ Estudiado por REGLA CAMPISTOL, J., *Francia, la Corona de Aragón y la frontera pirenaica* (2 tomos; Madrid, 1951).

¹² *Poesías* (Clásicos Castellanos, 63; ed. N. Alonso Cortés; Madrid, 1925), p. 171. Notemos esta apreciación de un novelista navarro, Félix Urabayen, de una constante inspiración pirenaica: "Desde Cataluña a Galicia tendrá que bajar el Pirineo, no como tratante ni como segador, sino como sembrador. El Pirineo es varón y la llanura espera abajo..."; *Toledo Piedad* (Madrid, 1925) 1.º, 3, p. 76; sobre Urabayen, FERNÁNDEZ DELGADO, J. J., *Félix Urabayen: la narrativa de un escritor navarro-toledano* (Toledo, 1988).